

Mercedes Abad. *Soplando al viento*. Barcelona, Tusquets, 1995, 199 pp.

Las dos colecciones de Mercedes Abad que preceden éste, su tercer libro de cuentos, tenían un marcado carácter erótico, con frecuencia algo lúdico. En *Ligeros libertinajes sabáticos* (1986) y *Felicidades conyugales* (1989), Abad aborda el erotismo de manera paródica, explotando el humor, a veces perverso, a veces algo cruel, pintando la intrusión de realidades pedestres o desagradables en medio de la fantasía sexual. Subvierte ciertas convenciones sociales, el culto de las apariencias, los ritos, y la institucionalización (incluso del sexo) hasta el absurdo. Durante los últimos diez años, se comienza a considerar a Abad como definitivamente identificada con este subgénero, con otras cultivadoras de la vena erótica como Consuelo García, Susana Constante, Almudena Grandes y Ana Rosetti. Desmitificando lo erótico, Abad se burla de los estereotipos machistas, evitando el empleo de ideales masculinos de belleza femenina (si pinta personajes como objetos sexuales, son hombres, tratados de manera pseudo-heroica). Abad mejora la calidad literaria de la ficción erótica con su hábil manejo del lenguaje, explotando diferentes registros y niveles de discurso. Defrauda las esperanzas del lector tradicional de tales narraciones, mediante la omisión calculada de descripciones de los atractivos físicos y los encuentros eróticos, y por la inesperada inclusión de episodios grotescos, ridículos, absurdos.

Aparecen numerosas características de las ya observadas en su ficción erótica en los trece relatos breves de *Soplando al viento*, cuyo denominador común ya no es lo erótico —apenas si asoma el erotismo. El título sugiere el atributo común que ostentan los personajes curiosos, casi todos empleados (según la sugerencia de la portada) en «vivir contra viento y marea». Una especie de epígrafe cuenta el origen del título: una niña pequeña, cuya muñeca el viento ha arrebatado, se pone a soplar con toda su fuerza. Interpelada por Abad, explica que está «intentando frenar el viento». Lejos de esta inocencia primaria, sus personajes inconformistas, rebeldes, solitarios, tímidos o neuróticos incluyen personas de vida poco convencional o personalidad compulsiva, fetichista, que sacrifican la felicidad propia o ajena por nimiedades. «La bisabuela está loca» pinta una burguesa catalana que, de quinceañera al filo del siglo, tuvo un hijo de soltera. Malviviendo como aspirante a actriz du-

rante años, se convierte en millonaria por un matrimonio afortunado, enviando dinero a su familia ya venida a menos. Habiendo perdido la fortuna, regresa casi nonagenaria a vivir con los parientes que mantuviera durante años, pero éstos —interesados sólo en el dinero— le destinan el papel de criada. Mediante la perspectiva autobiográfica de una adolescente traviesa (la biznieta), Abad satiriza las costumbres de la burguesía, el culto de las apariencias, y la hipocresía.

Más enigmático y menos simpático resulta el protagonista de «Gabriel Bender, *love me tender*». Deja gobernar su vida por «azares», mecanismo que ni le permite comprometerse ni vivir auténticamente. No parece consciente de su soledad radical, como tampoco los dos personajes de «Una pizca de solidaridad»: Ni la vieja francesa ni el joven africano se relacionan con nadie. Su breve amistad motiva una tragedia provocada por la intolerancia y los prejuicios de los demás inquilinos. En «El placer de callar», otro personaje de soledad autoimpuesta se impone reglas idiosincráticas, innecesarias, y por exceso de escrúpulos superfluos se convierte en criminal. La narradora de «Amigas», de personalidad compulsiva, se obsesiona en contarle una historia a su amiga Clara. Exagera nimiedades, permitiendo que una frustración mínima frustre la amistad, e hiriendo sádicamente a Clara. Su obsesivo egocentrismo paranoico recuerda ciertas narraciones post-góticas de Cristina Fernández Cubas (por ejemplo, «La flor de España»). Los conflictos dentro de la amistad aparecen también en «Memorial party» cuando dos amigas ya mayores se reúnen después de veinte años. Cada una recuerda el pasado favoreciendo su propia figura y actuación y percibe los recuerdos conflictivos de la otra como mentiras. El alcoholismo y la drogadicción de ambas crean una ironía narratológica frecuente en obras de Abad.

El tema de la conversación como obsesión ocupa el centro del escenario en «El placer de escuchar»: dos matrimonios maduros que cenar juntos se hacen competencia (callada, nunca confesada) para derrotar al otro en la batalla verbal. Metáforas guerreras satirizan el combate social: los huéspedes estudiaban a sus anfitriones «para calibrar el alcance de las armas del adversario», haciendo «elogios mientras cargaban armas» (94) y los anfitriones aprovechan «el error táctico de sus invitados para tomar las riendas de la conversación al contraataque» (96). Súbitamente, lo que parecía una broma se convierte en pesadilla absurda: con tal de obligar a

enmudecer (y perder la batalla) a sus invitados, los anfitriones les sirven no cordero, sino el propio hijo asado. Otro caso horripilante de un crimen por un motivo grotescamente insuficiente (recordando la inocencia perversa de personajes de Arrabal) se cuenta en «El pájaro», que pinta la rivalidad entre hermanos. El hijo mayor deja morir al hermanito atragantado, divirtiéndose con el espectáculo (como los «niños tontos» de Matute, que viven en otro mundo con otros valores que los adultos).

En «Adán y Eva» se presenta un caso de *stalking*: durante tres años en que su perseguidor no le deja nunca sola, Eva (antes anodina) se convierte en un caso célebre. Cuando él la abandona sin explicación, ella lo busca, y al verlo con otra, lo mata. La guerra de los sexos aparece nuevamente en «Sueños que a veces se cumplen», cuando Bianca —frecuentemente abandonada y ya cínica— encuentra el amante perfecto, pero no se permite creer en él y lo despide. Un caso algo parecido al de Eva aparece en «Un hombre de temple», cuyo protagonista-víctima (especie de Job moderno) sufre impasiblemente las mayores desgracias, pero explota matando a la dependienta que no acepta que él devuelva lo comprado. «Cada día a la misma hora» retrata un matrimonio con treinta años de casados. Absolutamente todo es rutina sin variación posible, hasta que el protagonista un día besa a la rana en el tren diario, convirtiéndola en «princesa» cincuentona, para descubrir que ya la vida de ellos discurre por los mismos senderos invariables que en su casa. En «Pertinaz sequía» un escritor frustrado por falta de imaginación, conoce a un hombre cuya monstruosa imaginación ha provocado su encierro, una muerte en vida.

El reiterado tema de la conversación como competencia, el culto a las apariencias, los numerosos personajes obsesivos o con otras taras psíquicas, la ausencia de verdadera comunicación o intimidad, la falta casi total de altruismo, caridad o generosidad —rasgos todos ellos comunes a varios cuentos— unen más la colección que la supuesta insistencia en «vivir contra viento y marea». Pese al humor y el trato ligero, resulta en conjunto una visión algo deprimente de las relaciones sociales a finales del siglo veinte. Menos divertida que colecciones anteriores, *Soplando al viento*, sin embargo, confirma la maestría cuentística de Abad.

BLANK PAGE